

10 de enero.

Fiesta del Bautismo del Señor

Is 55 1-11 / Is 12, 2-6 / 1 Jn 5, 1-9 / Mc 1, 7-11

En aquel tiempo, Juan proclamaba: «Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no merezco agacharme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo».

Y sucedió que por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán.

Apenas salió del agua, vio rasgarse los cielos y al Espíritu que bajaba hacia él como una paloma. Se oyó una voz desde los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco».

(Marcos 1, 7-11)

1. Desde la Palabra de Dios

Dentro del ciclo de Navidad, hoy celebramos la fiesta del Bautismo del Señor. Con esta fiesta, concluye el ciclo navideño y comienza el tiempo ordinario.

Este relato, como el de Mateo y Lucas, más que un dato histórico nos quiere transmitir el misterio que Jesús vive y experimenta. Es una “teofanía” o manifestación del Padre y del Espíritu, para ungir a Jesús, antes de comenzar su misión de evangelizador itinerante.

Marcos quiere desvelar y ofrecer a sus lectores la identidad de este personaje humano, que también se acerca a recibir el bautismo de penitencia que administra Juan el Bautista. Jesús se presenta,

humilde y desconocido, esperando el bautismo penitencial, en la fila de los pecadores.

El testimonio que Juan da sobre Jesús va abriendo ante los presentes la excelencia de aquel que llega a recibir su bautismo: *Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo*. Éste es el primer testimonio sobre Jesús que nos transmite Marcos. El último será el del centurión romano: Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios. Y en el paréntesis señalado por estos dos testimonios, el evangelista nos irá desplegando, a lo largo de su evangelio, toda la persona, figura y misión de Jesús.

Marcos nos describe el contraste. Un Jesús que llega en total anonimato desde Galilea a las orillas del río Jordán, y que se “pierde” entre los pecadores, es presentado por Juan como: más fuerte que yo.

El bautismo se nos presenta como una transformación en la identidad de Jesús: pasa de ser Siervo y pecador —aunque inocente—, a ser el Hijo amado; cambia su condición de vecino anónimo de Nazaret y comienza su misión de profeta recorriendo los caminos de Palestina.

Así mismo, la transformación que se da en Jesús transforma el propio bautismo: el rito meramente penitencial a partir de ahora va a transformar al ser humano en hijo de Dios.

Con la venida de Jesús al Jordán, comienza ya la Nueva Historia, la Nueva Alianza de salvación: el río Jordán, que antes era la frontera entre el desierto y la tierra prometida, marca ahora también el lugar sagrado que da paso a la verdadera tierra de promisión, que es Jesús.

Las aguas de este río, que sólo ofrecen un rito penitencial, con Jesús se ven santificadas para celebrar el verdadero bautismo, que nos hace hijos de Dios, hermanos y discípulos de Jesús y miembros de la comunidad de la Iglesia.

Los cielos quedan abiertos hacia la tierra, porque por Jesús se realiza ya la Nueva y eterna Alianza, el pacto de Dios con los hombres y de éstos, representados en Jesús-hombre, con Dios.

El ser humano, en Jesús y por Jesús, es ya: el hijo amado del Padre para siempre. Jesús nos enseña a invocar a Dios como Padre.

En la realidad de nuestra condición humana e incluso en nuestras limitaciones y pecados, escuchamos siempre la Voz del cielo, tú eres mi hijo amado, que nos trasmite el Amor y la ternura de Dios.

Para esto viene Jesús —es lo que hemos celebrado todo este tiempo de Navidad—, para unir el cielo con la tierra, a Dios con el hombre. En Jesús, la unión es perfecta. Y Jesús la va realizando en cada uno de nosotros.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La celebración hoy del bautismo del Señor concluye el tiempo de Navidad y nos invita a pensar en nuestro bautismo. Jesús quiso recibir el bautismo predicado y administrado por Juan el Bautista en el Jordán. Era un bautismo de penitencia: los que se acercaban manifestaban el deseo de ser purificados de los pecados y, con la ayuda de Dios, se comprometían a comenzar una nueva vida.

Entendemos así la gran humildad de Jesús, el que no había pecado, poniéndose en fila con los

penitentes, mezclado entre ellos para ser bautizado en las aguas del río. ¡Cuánta humildad tiene Jesús! Y al hacerlo, manifestó lo que hemos celebrado en Navidad: la disponibilidad de Jesús para sumergirse en el río de la humanidad, para asumir las deficiencias y debilidades de los hombres, para compartir su deseo de liberación y superación de todo lo que aleja de Dios y hace extraños a los hermanos. Al igual que en Belén, también en las orillas del Jordán, Dios cumple su promesa de hacerse cargo de la suerte del ser humano, y Jesús es el Signo tangible y definitivo. Él se hizo cargo de todos nosotros, se hace cargo de todos nosotros, en la vida, en los días.

El Evangelio de hoy subraya que Jesús, «no bien hubo salido del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él» (Mc 1,10). El Espíritu Santo, que había obrado desde el comienzo de la creación y había guiado a Moisés y al pueblo en el desierto, ahora desciende en plenitud sobre Jesús para darle la fortaleza de cumplir su misión en el mundo. El Espíritu es el artífice del bautismo de Jesús y también de nuestro bautismo. Él nos abre los ojos del corazón a la verdad, a toda la verdad. Empuja nuestra vida por el sendero de la caridad. Él es el don que el Padre ha dado a cada uno de nosotros el día de nuestro bautismo. Él, el Espíritu, nos transmite la ternura del perdón divino. Y siempre es Él, el Espíritu Santo, quien hace resonar la reveladora Palabra del Padre: «Tú eres mi Hijo» (v. 11).

La fiesta del bautismo de Jesús invita a cada cristiano a recordar su bautismo. No puedo preguntaros si os acordáis del día de vuestro bautismo, porque la mayoría de vosotros erais niños, como yo; nos bautizaron de niños. Pero os

hago otra pregunta: ¿sabéis la fecha de vuestro bautismo? ¿Sabéis en qué día fuiste bautizado? Pensadlo todos. Y si no sabéis la fecha o la habéis olvidado, al volver a casa, preguntádselo a vuestra madre, a la abuela, al tío, a la tía, al abuelo, al padrino, o a la madrina: ¿en qué fecha? Y de esa fecha tenemos que acordarnos siempre, porque es una fecha de fiesta, es la fecha de nuestra santificación inicial, es la fecha en la que el Padre nos dio al Espíritu Santo que nos impulsa a caminar, es la fecha del gran perdón. No lo olvidéis: ¿cuál es mi fecha de bautismo?

Invoquemos la protección materna de María Santísima, para que todos los cristianos comprendan cada vez más el don del bautismo y se comprometan a vivirlo con coherencia, testimoniando el amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Papa Francisco. Ángelus 07/enero/2018

3. Desde el fondo del alma

Tú el Dios vivo y verdadero hecho hombre,
que el Padre te reconoció como su HIJO amado,
y que el Espíritu Santo se posó sobre ti,
y que a lo largo de toda tu vida,
nos diste a conocer el corazón amoroso del
Padre, para que conociéndote a ti,
podamos vivir como Tú,
y así realizar en nosotros el proyecto del Padre, te
pedimos, que nos des la gracia de que
siguiéndote encontremos en ti,
alegría, gozo y paz,
al ser conscientes que Tú Espíritu
es quien actúa en nosotros
y que nos impulsa hacia ti,

para vivir de la misma manera
que lo hiciste Tú.

Señor, danos la gracia de vivir nuestro bautismo
de la misma manera que Tú viviste tu vida,
siendo presencia de Dios para los demás,
viviendo en radicalidad y fidelidad
nuestra adhesión a ti,
siendo presencia tuya para los demás,
como Tú lo fuiste del Padre. Amén.

